

Entrevista a
MONSEÑOR CARLOS CASTILLO MATTASOGLIO
LA PRESENCIA DE LA IGLESIA CATÓLICA EN EL
BICENTENARIO

Comité Editorial (CE): La Iglesia católica jugó un papel importante —y ambivalente— en el proceso de la independencia del Perú. Doscientos años después: ¿qué cambios importantes logra usted identificar en estos momentos difíciles y aciagos que estamos viviendo?

Monseñor Castillo (MC): La importancia de la Iglesia puede ser ambivalente porque, para estar presente en las situaciones, siempre se corre el riesgo de acertar o de equivocarse decisiones. Desde los orígenes de la empresa descubridora —y luego en el régimen colonial—, la Iglesia debía garantizar la finalidad evangelizadora de la presencia española, tenía una forma de atadura difícil de manejar. De modo que, cambiado el régimen colonial por una república autónoma de España, había que redefinir el rol de la Iglesia, ya que gran parte de la población había asumido la fe cristiana. Es la razón para que el arzobispo De las Heras tomara posición en favor de España y luego aceptara a San Martín, y ser testigo de la jura de la Independencia el 28 de julio de 1821, avalándola.

Pero es preciso observar también que la Iglesia estando integrada sobre todo por el pueblo creyente, se movió en un cierto reconocimiento a la intuición de la “voluntad general”, que en este caso los creyentes mismos reconocían, incluido un sector criollo y mestizo que sentía nacionalmente.

* Bachiller en Ciencias Sociales por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM). Seminarista del Pontificio Colegio Español de San José, Roma. Filósofo, Teólogo y Doctor en Teología Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma. Profesor Principal (1987-actual) y miembro del Consejo Universitario (2003-2006) de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP). Autor de diversos libros y artículos de carácter teológico. Entre diversos cargos pastorales ha sido Asesor de la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, responsable Arquidiocesano de la Pastoral Universitaria de Lima, consejero del Centro de Asistencia Pastoral de la PUCP. <ccastillomattasoglio@gmail.com>

En diversas situaciones, un cierto sentido de los fieles genera procesos de conciencia que se amplían socialmente hasta hacerse convicción pública, expandiendo su influencia espiritual que es aceptada por los pastores de la Iglesia, hasta que se convierte en sentido común. Eso que pasó entre 1821 y 1824, sucedió en el periodo de reformas en la Iglesia universal (con el Concilio Vaticano II) y latinoamericana, hace 50 años (con la Conferencia de Medellín), y sucede ahora con el proceso retomado en Aparecida y que marcha hasta la primera Asamblea de la Iglesia Latinoamericana en noviembre de 2021, en México.

Es notable que nuestra tragedia pandémica, procedente de una crisis en el mundo global y generadora de nuevas crisis en los países como el nuestro, esté implicando una dinámica similar. Ante todo, se ha visto que en todas partes la cercanía de la Iglesia se ha mostrado solidaria y promotora de solidaridad junto a otras instituciones civiles y estatales. Allí esta Resucita Perú Ahora, las Cáritas diocesanas, Respira Perú y muchas otras: el desarrollo de un voluntariado.

Reconozco primero un cambio importante en el sentir religioso, dado que una herencia de siglos atribuyó los males de este tipo a un “castigo divino”, hoy nadie los atribuye a Dios, y más bien se piensa en Dios como quien ayuda y da fuerza en la adversidad, y es aliento en la desdicha. Su fundamento es el Dios Padre revelado por Jesús en los evangelios. Procede no solo de una prédica moderna y actualizada por el Vaticano II, que en las últimas décadas tuvo un revés, volviéndose a modos de Ley y temor. Pero una experiencia religiosa de siglos, incluidas devociones fuertes como la del Señor de los Milagros, ha tenido la asistencia de una evangelización que ha calado, incluso cuando predicadores actuales insistan en el temor a Dios y a su castigo.

Creo que, unido a esto, empieza a nacer una actitud de responsabilidad creyente que implica acoger el amor de Dios para tener fuerzas, y asumir la responsabilidad de actuar al servicio del hermano, especialmente el más golpeado.

Esta actitud convive con otras que aún perviven, pero que progresivamente se van arrinconando. De ahí que, cuando en medio de la pandemia unos pocos católicos han querido obligar a la apertura inmediata de templos, a sacar en procesión las imágenes, o desde ciertos púlpitos obligar al voto predeterminado por mandato, han fracasado porque ha entrado ya cierta razonabilidad que va reafirmando la libertad personal y el sentido de lo justo y adecuado para vivir la fe.

En el fondo estamos en un tránsito aún ambiguo, sin duda, pero interesante y abierto hacia una experiencia religiosa nueva, más pensada,

más inteligente y reflexiva, como se entendió en los inicios de la Iglesia, y en momentos de nuestra historia en que la razonabilidad del sentir común, y del bien común, se está imponiendo.

Ahora bien, este crecimiento de cierta actitud creyente empieza a mover, como en 1821, un modo más razonable de hacer Iglesia, y no solo repetición de costumbres, y con ello los pastores, tanto obispos como clero y religiosos, comienzan a darse cuenta de la necesidad de acompañar el camino del pueblo con formas de ser y actuar nuevas.

Por ejemplo, es costumbre que la autoridad se comporte como la que manda y los fieles como los que obedecen. Por otra parte, cuando el Papa estuvo aquí en 2018 señaló que los tiempos actuales requieren superar un catolicismo de “padrecito, se puede o no se puede”, es decir, de arriba para abajo; y sugirió un estilo eclesial de “discernimiento” y “sinodalidad”. Muchos en la Iglesia del Perú no entendieron qué quería decir. Pero durante todo este tiempo de pandemia hemos comprobado que, ante muchos problemas, hemos debido consultarle al pueblo su opinión, y hemos debido discernir junto a los fieles para tomar decisiones, y, ante algo tan nuevo, aprender a promover mayor participación. Los que serían la “elite” requieren mas cercanía a la gente y, de hecho, el estilo elitista empieza a ser un aislamiento sin sentido.

CE: ¿Qué papel cree que juega hoy en día la Iglesia católica, en el proceso de construcción o de consolidación de nuestra democracia?

MC: La Iglesia “aprecia la democracia” porque permite el recambio de autoridades y el control de ellas por la sociedad. Por ello, me parece que el mayor aporte es estar al lado del pueblo sencillo promoviéndolo, no sustituyéndolo, y acompañándolo a fortalecer no solo su fe, sino también sus capacidades humanas y sociales de organización participativa, que permitan avanzar en “la anchura” de la democracia; es decir, su extensión mas allá de las elecciones, a través de sólidas, durables y dinámicas organizaciones intermedias donde las opiniones de los más pobres y marginados, y sus decisiones, converjan coloquialmente con las de las autoridades locales o políticas.

El mayor aporte de la Iglesia siempre es el anuncio alegre y profético del evangelio que anima y suscita respeto, iniciativa, imaginación, confianza, creatividad, confluencia, dignidad, sentido crítico, reconocimiento y aprecio de cada persona, pueblo o comunidad. La Iglesia está para unir, no para dividir. Por eso no se inclina por ningún partido, sino que entra en relación con la sociedad a través del valor de lo humano

que nos une a aspirar al bien común, que no puede lograrse si alguien es marginado.

Ahora, la realidad de una Iglesia dividida también nos atraviesa, y cuesta asumir la misión unitaria y profética. Por ello una misión para consolidar la democracia es indirecta, pero importante: convertirnos en una iglesia-comunidad de discípulos misioneros en salida hacia el mundo y sus periferias existenciales. Es decir, no una Iglesia autorreferencial, elitista y clerical, autosuficiente, vertical, despreciadora de los que no están dentro, jueza; sino una Iglesia madre, maestra, hermana, comprensiva y servidora del hermanamiento de nuestro pueblo tan diverso y dividido.

Quizás desde este punto de vista existen diversas ideas y comportamientos en nuestra Iglesia hacia la democracia, desde los que piensan que sería mejor una dictadura; hasta los que piensan que la democracia debe usarse en beneficio propio solo para los católicos; o que la democracia debe ser regimentada por la Iglesia católica, como fue en la colonia; hasta los que dicen que la Iglesia no debe aportar nada y que la sociedad liberal marche sin una palabra proveniente de la fe. La posición más moderada considera la democracia un espacio para dialogar y acordar cómo se camina unidos, todos poniéndose de acuerdo en lo que es bien para todos. Esta posición moderada no es un “equilibrio” de “centro”; proviene más bien de la fe, y por ello es hoy la posición pública de la Iglesia y su magisterio, para ayudar a avanzar a las sociedades con un criterio cada vez más humano y con la ayuda que recibimos de la fe para colaborar con las búsquedas humanas de desarrollo. Por ello se han de rechazar en la Iglesia la primacía de intereses particulares que niegan el evangelio de amor universal de Dios por medio de Jesucristo.

En ese sentido, la fe tiene una concepción de la Nación como pueblo y de la democracia como instrumento de diálogo entre distintos; invitando al aprecio y a la complementación de los diferentes para el reconocimiento del valor infinito de cada persona, varón y mujer, pequeño o grande, pobre o rico, en que unos aportan a la existencia de otros en niveles distintos. El papa Francisco reconoció que la “promesa peruana” debería seguirse realizando y que el Perú de “todas las sangres” era la mejor imagen que deberíamos seguir para consolidar la vida de nuestro pueblo.

Los valores de la fe, que se fundan en un Dios que es amor y que envía a Jesús como “el servidor” y como víctima solidaria, es una fuerza impresionante para suscitar personas humanas de fe e incluso, personas no creyentes, pero fundadas en un modo de ser delicado, fino, sutil, perceptivo del valor del otro y que camina saboreando la hondura de lo que se juega en cada decisión y a cada paso personal o social.

La Iglesia puede ayudar a consolidar la democracia si irradia no solo la palabra, sino también los gestos concretos, los valores de nuestra historia, encarnándolos. Siempre me he preguntado por qué nuestros héroes nacionales han sido “mártires”, desde Túpac Amaru, hasta Grau; desde Micaela Bastidas hasta María Elena Moyano; mártires-héroes que no ganaron guerras, pero acumularon humanidad que enaltece y sostiene la “promesa” en los siglos.

Y cuánto parece que haya quedado en mucho una huella de Jesús. En efecto, cuando Túpac Amaru II es sentenciado a morir alado por cuatro caballos en forma de cruz, no solo se realiza una síntesis que probablemente se trasladó al mito de Inkari, sino que se profundizó en la imagen de la cruz en las puntas de los cerros y como culto nacional por excelencia: el Señor de los Milagros, el de los Temblores, el de Luren, el de Muruhuay, el de Ayabaca, ligado a las historias de los pueblos concretos, o la llamada “cruz del Papa” ligada a la terrible época del terrorismo y construida con las antenas derribadas que nos dejaban sin luz. Muy lejos de imágenes creadas para satisfacer egoísmos políticos.

Esta es una democracia en un país muy diverso y fracturado, con grandes heridas que requiere mucho de conversación, aprecio, comprensión y restablecimiento de lazos y vínculos humanos y sociales. Esta tarea es anterior a la política, es pre-política, pero así fortalecerá la mejor política que nos espera, porque restaña heridas y ello permite acordar democráticamente lo justo y adecuado.

CE: Usted ha escrito un libro sobre la ‘conversión’ a propósito del obispo Bartolomé de las Casas, que vivió en el siglo XVI. ¿Cómo define el concepto de ‘conversión’?

MC: “Metanoia” es la palabra griega para conversión y Jesús dice “*metanoieta*”, “conviértanse”, que podría significar literalmente “cambien de forma de pensar, de mentalidad, y de vivir” refiriéndose a una cosa diferente a lo que entendía por “metanoia” Juan Bautista, que era un esfuerzo ético de cambiar personalmente para escapar del juicio en medio de la debacle inminente de sus tiempos.

La conversión que anuncia Jesús difiere de la de Juan Bautista en que es comunitaria, no solo personal; y que implica acoger un don presente en esa compleja historia, pero que está escondido: el don de ser amados por Dios y de sus signos de amor dinamizándose en forma de “*exousia*”; es decir, de fuerza suscitadora de amor que invade todo. Es como entrar en un espíritu epocal totalmente novedoso respecto al pesimismo de Juan Bautista y de muchos otros.

Por eso Jesús convoca a “entrar” en esa fuerza dinamizadora envolvente de “amorización”. Ella se encuentra en medio de los pobres y sus búsquedas, deseos e iniciativas. Por ello, sitúa la salvación como un don gratuito que se expande y en el que “su fe”, es decir, la fe confiada de la gente, los salva, libera, dignifica. Si bien Jesús la irradia en forma clara y patente, y se presenta como el heraldo, el alentador, el revelador del Dios Padre, eso está ya ocurriendo en los ríos profundos de los pequeños y postergados, a pesar de las apariencias. En efecto, la expresión “los cielos están cerrados”, es decir, Dios ha abandonado a su pueblo, era la opinión corriente, por eso no quedaba más que una catástrofe que arrasaba con la mayoría, quedando solo las élites de elegidos. No es la mentalidad de Jesús. Por ello, la conversión es un cambio profundo de mentalidad pesimista. Los cielos están abiertos y Dios sigue comunicándose con su pueblo a pesar de una aparente lejanía.

Basándose en la lectura de los evangelios, Bartolomé de las Casas descubrió que la conversión era un proceso personal y social de entrar en el amor, en donde el descubrimiento de Jesús por parte de los pueblos y sus pobladores implicaba necesariamente el “modo suave” de comunicar que tenía; es decir, por medio del amor que conducía de modo experiencial a la relación con Dios a través de unos testigos de la suavidad del amor que finalmente conduce a la aceptación consciente de vivirlo. Así lo manifestó en su primer libro, *De unico vocationis modo omnium gentium ad veram religionem* (1537).

Esto presupone que las personas y el pueblo que recibe el anuncio, ya tienen *semillas de ese amor* plantadas por Dios en ellos a solas, antes del encuentro con los cristianos españoles. Estos, al llegar a evangelizar habrían de comunicar el evangelio como un compartir su fe pacífica y suavemente, suscitando un encuentro en que comunican traduciendo a su lenguaje y costumbres, el don y mensaje que traen a las poblaciones “indias”. Pero como los que comunican no son solo individuos, sino partícipes del pueblo español, tendrían cuidado de no imponerles la fe, sino suscitársela, y no transmitirles sus costumbres y modos de ser, sino adaptándose al nuevo pueblo encontrado, cuidando no empañar la suavidad.

De ahí que la conversión no era solo de los indios, sino de los españoles como personas y pueblo, para reencontrar también ellos la fe por medio de asumir la suavidad como modo de vivirse y anunciarse. Uno de los lemas de Bartolomé de las Casas fue “súbditos de los indios para evangelizarlos”, no “dominadores”, porque jurídicamente estas poblaciones tenían reyes soberanos que debían respetar y a los que debían someterse, ya que estaban bajo su jurisdicción.

El tema de la conversión en Bartolomé de las Casas era sobre todo el modo de anunciarla. No es por eso solo proceso intelectual, sino encuentro interpersonal que comprende una acogida de Dios por medio de un testigo fiel, quien a su vez también se convierte personal y socialmente a Dios nuevamente, dando un nuevo paso de vivencia humana y religiosa en comunidad con quien ha acogido su testimonio. De las Casas quería con ello evitar toda imposición y toda amenaza de guerra que denigrara la fe cristiana.

CE: ¿Podemos pensarlo en términos de una ‘revelación’ mental/emocional (o *insight*, como lo llamamos en psicoanálisis), a propósito de una profunda toma de conciencia respecto de la existencia de un ‘otro’?

MC: Su pregunta se refiere más a los aspectos internos del proceso de descubrimiento que la persona logra, y ante el cual se rinde porque encuentra un núcleo de sus problemas y acepta su realidad, hasta ese momento casi desconocida y que por fin comprende. Algo parecido existe cuando usted habla de “revelación”, porque la fe como relación siempre es una realidad que, viniendo “de fuera”, abre a las personas a un cambio proveniente de la relación misma que modifica su vida y la lleva a dejar ser al “otro” con el que se ha encontrado.

La diferencia es que no es el descubrimiento de una situación existencial de algo que uno tiene en su vida, como la causa de un trauma o el límite de una persona, sino es la revelación a través de una persona hacia otra que implica una interpersonalidad que constituye por sí misma una convivencia con esa persona que viene, tanto con la vida del testigo como con la vida de Aquel a quien testimonia.

CE: ¿Cómo cree que ha cambiado, si lo ha hecho, la imagen y presencia de la mujer en la Iglesia estos últimos doscientos años? Considerando, desde cierta perspectiva, que puede leerse el rol de la Virgen María como el de una “mujer-madre” invisibilizada, en comparación de la figura paterna, que aparece como la figura de ‘la ley’.

MC: Antes de morir, el Cardenal Martini decía que la Iglesia llevaba un retraso de 200 años, y que no quedaba sino actualizarse, y mucho más respecto a la mujer. La imagen, restringida que algunos dan a la Virgen María, puede que quepa en cierta teología de cierto tiempo. Lo importante es que las mujeres en la Iglesia fueron mas allá en todos los niveles, inspiradas desde su fe, y expandieron realmente sus tareas de modo activo, organizativo y

crítico, que empalma más con la María del Magnificat. Ciertamente, en los Evangelios y en los Hechos, María tiene una presencia explícita discreta, pero la misión maternal es mucho más suscitadora de estilos de vida de Jesús que permiten la promoción de la mujer en todos los niveles; basta ver a las mujeres que siguen a Jesús, las comparaciones de Jesús con metáforas ligadas a la mujer, la amistad con María y Martha y la promoción de la primera a discípula centrada, y el llamado a la segunda a no estar preocupada solo en cosas de casa. Todo esto sin abandonar la importancia de la mujer en la familia, aunque una familia discípula y no solo base de la sociedad.

Otra cosa es cómo se aceptó esta enorme presencia de la mujer en la Iglesia. Le puedo decir que los pasos actuales son todavía diminutos respecto de 1821, y mucho más en el Perú. El Papa Francisco es quien más ha empezado a afrontar el problema de raíz. Sin la mujer no hay Iglesia y, sin embargo, la Iglesia no ha considerado el valor propio de la mujer, y sigue siendo considerada más un objeto que un sujeto humano con plena dignidad y reconocimiento.

El legado del machismo mundial, y del peruano, se vive igualmente en la Iglesia y muchas veces de modos crueles inimaginables. En general, la desigualdad en muchos aspectos humanos, sociales y eclesiales hace que la mujer no goce del reconocimiento de su dignidad, y exista sobre ella todavía un enorme autoritarismo.

Estamos en pos de afrontarlo, aunque lentamente, porque es un proceso cultural de costumbres. Ya están dándose las bases para afrontarlo como Iglesia y reconocer efectivamente su vocación y misión, y sus capacidades y habilidades, y los aspectos del desarrollo de su condición en libertad. Tenemos, sí, el contraste con quienes quieren la fijación al pasado de ciertos roles sin considerar otros aspectos, además del familiar, que sin duda es importante pero insuficiente para comprender la totalidad de la condición de la mujer. Un ejemplo lo da el Papa comenzando por incorporar mujeres en diversos niveles de dirección y orientación en la Iglesia.

CE: Aunque el Estado peruano es constitucionalmente laico, ¿cree que realmente lo es? En la actual coyuntura electoral, hay candidatos que publiquen y difunden el celibato o la autoflagelación como un valor. ¿Qué piensa al respecto?

MC: Como estamos en período electoral prefiero no decir nada sobre los candidatos. Pero le manifiesto que el reconocimiento de la laicidad del estado, que comienza desde la constitución del 1823, implicaba también

el lugar de la Iglesia, que se ha ido aclarando poco a poco, como consideración de su aporte, dada la fe del pueblo y su lugar importante en nuestra historia, y simultáneamente la autonomía efectiva de la institución estatal y democrática para legislar en diversas materias. Pueden surgir puntos críticos cuando las materias afectan a la libertad religiosa, si el Estado la impidiera; o también a un exceso en que la Iglesia quisiera que el estado se le sometiera en algún punto. Fundamental, resulta el caso de asuntos referentes a cuestiones de valor humano universal que en el periodo denominado "postmoderno" han sido puestos en cuestión, y ya antes con otros temas considerados derechos civiles como el matrimonio solo civil, o el divorcio, o el voto de la mujer. El proceso de crisis global, desarrollo extremo del individualismo fundador de la modernidad, está produciendo novedades individualistas, no solo en el terreno de las libertades individuales, sino en el trato a la naturaleza y al mundo. Algunos derechos propuestos deberán ser debatidos no solo en sentido operativo, sino en su significado para la vida humana y ecológica. Es preciso que ante proyectos de liberalización se debata bien y se tenga en cuenta efectivamente cuestiones de sentido que requieren ser escuchadas; las religiones y las iglesias pueden aportar muchísimo a cosas que son sumamente delicadas y que tienden a tratarse como simplemente "operativas". En el mundo en crisis estamos jugándonos la vida entera del futuro de toda la humanidad y más vale ser reflexivo. Las religiones pueden aportar cualitativamente a esto.

Error grave es pensar que el Estado puede legislar y normar arbitrariamente sin reconocer el límite que pone el principio de la dignidad, la vida de cada humano y de todas las vidas, incluso la del planeta. También error grave es pensar que cuando hay una caída en el primer error, se caiga también en organizar una alternativa de cruzada "político-religiosa" o "católica" para contrarrestarlo, y convertir todo en una guerra religiosa. La iglesia y las religiones unen, los partidos son eso, partidos, divisiones. Si las iglesias o religiones se partidizan, pierden su dimensión universal. Para realizar su misión se requiere tener la altura y sabiduría para dialogar y convencer acerca de la importancia de los valores fundamentales, sin tampoco dar solo prioridad a algunos para conseguir ciertos objetivos particulares. Esto es claro cuando algunos "católicos" dan prioridad de lucha por algunos valores que han colocado como "no negociables". Pregunta con el Papa, "¿existe algún valor fundamental negociable?". Si hay no negociables es porque se supone que algunos sí lo serían. Y, en efecto, por ejemplo, estas personas que defienden algunos valores absolutos no critican al sistema económico que mata de hambre y no da trabajo; para

ellos la vida humana de los que migran por esta ausencia del sistema, hay que defenderla porque esa vida se podría negociar dejando que el sistema siga produciendo descarte. A la Iglesia y a las religiones les corresponde promover formas de acercamiento a los estados para ayudar a encontrar el norte a una humanidad que por sus progresos ha ido creyendo que es “autofundada”, lo que no es verdad, pues hay fundamentos previos sobre los que los humanos hemos propuesto algo que podría ser parcial o equivocado, como el individualismo. Por eso, ahora Francisco manifiesta con otras comunidades religiosas el principio universal de la hermandad: “Fratelli tutti”

CE: Hemos sido testigos del enfurecido debate que suscita la propuesta de “la perspectiva de género” en los materiales educativos en el Perú. ¿Cuál es su opinión sobre este punto?

MC: El tema de género requeriría de una entrevista especial porque se ha complicado tanto que ahora cada uno se refiere a cosas distintas creyendo que se trata de lo mismo. Permítame responderle con la cita de Chiara Giaccardi¹, de la U. Católica de Milán, una experta en el tema, para concluir esta larga entrevista. Ella pone la base de un tratamiento serio: “Hoy la cuestión del ‘gender’ se coloca como algo espinoso pero necesario. Mas allá de la falta de comunicación y malentendidos, acciones de ataque y barricadas defensivas, justamente en su incandescencia este debate va señalando un núcleo de sentido ineludible: ¿que relación mantener y cultivar con nuestra dimensión biológica, en una época en la que los límites de lo que es ‘natural’ se han redefinido y están constantemente forzados a dirigirse en cualquier dirección? La polarización entre facciones opuestas —contra y pro *gender*— ha sobresimplificado y en muchos casos banalizado la cuestión, y parece haber llegado al punto de estallar. Por esto es importante salir de la forma que el debate ha asumido y volverlo a comenzar de modo nuevo” (2017).

CE: Muchas gracias por su tiempo y por esta “conversación” fructífera.

1. Giaccardi, C. (2017). *No solo ideología. Reapropiémonos del género*. Páginas: Centro de Estudios y Publicaciones, (245), 3.